A photograph of a muscular man from the back, with his hands behind his head. In the foreground, a birthday cake with many lit candles is visible. The background is dark.

*Cumpleaños*  
**FELIZ**

UNA HISTORIA ERÓTICA  
**NINA KLEIN**

# CUMPLEAÑOS FELIZ

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

## ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

## AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.  
Solo para mayores de 18 años.

## UNO

*Cumpleaaaaañoooooos feeeeeeliiiiiz... cumpleaaaaañoooooos feeeeeeliiiiiz...*  
Mientras la gente de la oficina desafinaba a mi alrededor, miré la tarta que me habían comprado entre todos.

Le habían puesto velas y las habían encendido. Allí estaban, pinchadas en la tarta, esperando a ser sopladas por mí.

Afortunadamente no eran velas individuales, o habrían tapado la tarta entera.

Eran velas con forma de números. Un cuatro y un cero.

Dios dios *dios*, cuarenta años.

*Te deseaaaaaaaamos Tiiiiinaaaaaaaaaa...*

En serio, adoraba a mis compañeros de trabajo. Éramos como una gran familia y nos llevábamos todos de cine. Al menos en nuestro departamento, que era el mío, porque la jefa del departamento era yo. Pero vamos, que éramos todos iguales, no tenía necesidad de sacar látigos para obligarles a trabajar ni nada.

Me caían bien, iba diciendo, mis compañeros de trabajo. Lo de la tarta no era peloteo, cada vez que alguien cumplía años se ponía dinero entre todos, se encargaba una tarta y un par de botellas de vino rosado espumoso —*mmm*— y cantábamos cumpleaños feliz al pobre incauto justo después de la hora de comer.

A veces pienso que más que por simpatía o buen rollo lo hacíamos para comer tarta y beber en horas de trabajo, pero bueno. Servía de las dos formas.

No eran mis compañeros quienes me estaban incomodando. Era la cifra maldita que estaba clavada en la tarta, en forma de vela.

*...cumpleaaaaañoooooos feliiiiiiiiz.*

Coronó la canción desafinada una ronda de aplausos, y luego unos cuantos *¡sopla, sopla!*

Eso hice, sin pedir un deseo, porque total, lo único que se me ocurría era no tener cuarenta años, y tenía delante de mí la prueba —en forma de vela— de que ese deseo no se me iba a conceder.

Así que soplé las velas. Sonreí. Di las gracias. Alguien sacó un cuchillo para cortar la tarta.

Bueno. Me consolé pensando que la tarta era de café y chocolate, mi favorita. Algo era algo.

—¿ESTÁS bien?

Miré a Ana, apoyada en el marco de la puerta de mi despacho, con un plato de papel en la mano con un trozo de tarta.

Ana, que trabajaba conmigo y era una de mis mejores amigas, se había dado cuenta, supuse, de que mi sonrisa era un poco forzada mientras la gente me felicitaba, y de que igual había bebido un vaso de vino más de lo normal.

O dos.

Luego me había recluido en mi despacho, con el tercer vaso de vino, poniendo la excusa de que

tenía trabajo. Que era cierto, pero también era cierto que me dolía la cara de sonreír y no tenía muchas ganas de celebrar nada.

—*Meh* —respondí, apoyando el codo en el escritorio y la mano en la cara.

Ana se dio la vuelta para cerrar la puerta de mi despacho y se sentó en la silla de los visitantes, al otro lado de mi mesa.

Cada vez que hacía eso —y lo hacía por lo menos una vez al día— se nos iba media hora hablando.

Ana era alta, delgada, con el pelo corto rubio platino, súper estilosa.

Yo era más, cómo decirlo... *voluptuosa*, algo que conseguía mantener a raya yendo religiosamente al gimnasio. Eso sí, nunca podría llegar a ser un insecto palo como Ana. Tampoco me quejaba: cintura estrecha —lo mío me costaba—, caderas anchas —no podía hacer nada— y una talla de sujetador más que generosa. Pero bueno, tenía músculos en los brazos —solo se veían cuando los flexionaba— y estaba en forma, eso era lo importante.

También tenía el pelo sobre los hombros, castaño oscuro que dentro de nada iba a empezar a teñirme porque esa misma mañana —¿casualidad, el destino?— me había visto como siete canas en el espejo del baño. Siete canas, las había contado. Mi pregunta era, ¿dónde estaban hasta entonces? ¿Habían esperado a mi cuarenta cumpleaños para manifestarse?

—¿Qué te pasa? ¿En qué estabas pensando ahí fuera? —preguntó Ana—. Estabas como ida...

Suspiré. Suspirar era algo que parecía que estaba haciendo mucho últimamente.

—Ya sabes, *cuarenta* —dije, poniendo énfasis en la palabra—. El número en sí, crisis, mediana edad, etc.

Ana hizo una especie de *pffffff* con la boca.

—¿Estás de broma? Yo tengo cuarenta y tres, paso de todo. Estoy mejor que nunca.

Me encogí de hombros.

—También me estaba preguntando si la virginidad puede volver a crecer.

Ana rompió a reír con su risa cristalina, que además era contagiosa. Me vi sonriendo casi sin darme cuenta.

—Lo que necesitas —dijo, bajando un poco la voz, como si no estuviéramos en el despacho con la puerta cerrada y alguien pudiera oírnos—. Es volver al mercado.

Torcí la nariz. Volver al mercado, qué expresión más odiosa.

—No, gracias.

—No, en serio, escúchame... —como si tuviera otra opción. Cuando Ana se sentaba en mi mesa del despacho, hasta que no decía lo que había ido a decir, no se iba—. ¿Por qué no pruebas una *app* de citas? Puedes instalarte Tinder. A mí me va bien —le dio un mordisco al trozo de tarta que tenía en el plato de papel—. O por lo menos la mitad de las veces me ha ido bien. Bueno, me ha ido bien dos veces. Pero es la única manera de conocer gente.

Miré a Ana mientras masticaba la tarta.

—¿La única manera? ¿Y qué hay de malo en salir un sábado por la noche a tomar algo, que te guste alguien, hablar un rato, intercambiar teléfonos?

Ana elevó los ojos al cielo y luego suspiró.

—¿Por dónde empiezo? Primero, demasiado trabajo. Y segundo, demasiado cansado. Así es como se conocía gente en el siglo pasado. Tienes que renovarte, Tina... ¿Cuánto tiempo hace que te divorciaste?

No quería hablar de ello, y menos en mi cumpleaños.

—Un año —dije, después de titubear un poco.

En realidad era año y medio, a lo que tenía que sumar diez meses de separación... Dios, más de

dos años. ¿Qué había hecho desde entonces con mi vida?

Prácticamente nada. Y en el terreno amoroso (por llamarlo de alguna manera), solo acudir a un par de citas a ciegas que mis amigas me habían preparado, en plan *tienes que conocer al amigo del cuñado de mi compañero de trabajo, ya verás es súper majo* que habían sido un desastre absoluto.

Dudé un poco, lo que Ana aprovechó para convencerme.

—En serio, Tina... tienes que hacer algo. Estás en lo mejor de la vida. No te encierres en casa por culpa del imbécil de James.

El imbécil de James era mi exmarido, del que no tenía ganas de hablar.

—Me da pereza... —dije, y era verdad. Ahora tenía que empezar a averiguar cómo funcionaba eso, quedar con gente... *buf*, solo de pensarlo me cansaba. Con lo bien que se estaba en casa un sábado por la noche, en el sofá, con una mantita, una botella de vino y una peli.

En cuanto escuché mis propios pensamientos me di cuenta de que necesitaba ayuda. O eso o comprarme dos o tres gatos y ya terminar con todo, una de dos.

—Puedo ayudarte a hacerte el perfil, enseñarte cómo funciona —dijo Ana, y aquello terminó de convencerme.

Accedí a regañadientes, sobre todo porque si no lo hacía Ana no se iba a ir de mi despacho.

—Bueno... vale.

Poco podía imaginarme la que se me venía encima...

\* \* \*

## DOS

*A* l día siguiente, a la hora de la comida —no podía ni quería desperdiciar más horas de trabajo en aquel asunto— Ana me ayudó a hacerme un perfil en la *app* de citas que todo el mundo usaba.

—Aficiones —dijo Ana, que estaba rellenando mi perfil, sentada frente a mi ordenador. Yo estaba al otro lado de la mesa, sentada en la silla de las visitas, pensando en dónde me estaba metiendo.

Miré al infinito. ¿Qué me gustaba?

—Me gusta leer —dije, por fin.

—Por dios, márame... ¿no puede ser algo menos aburrido? O más concreto, ¿te gusta leer el qué? ¿Libros de vampiros adolescentes, a Shakespeare, novelas de misterio, revistas de cotilleos?

Agradecía la ayuda, pero de verdad que no tenía ganas de nada... ni de rellenar mis datos ni de darme de alta ni de nada. Ana había acabado hasta tecleando por mí, de lo desgana que estaba.

Lo peor había sido elegir la foto. ¿*No tienes una en biquini?*, me había preguntado Ana, y la había mirado horrorizada. A) No, no tenía una foto en biquini, y B) Aunque la tuviese no pensaba ponerla allí, para que la viese todo el mundo. ¿Estaba loca? Como si aquello fuese un mercado de carne (que lo era, a quien quería engañar).

—No lo sé, Ana —me pasó la mano por el pelo, exasperada—. Pon lo que quieras.

Empezó a teclear furiosamente.

—Te gustan las emociones fuertes, la aventura...

—Pon lo que quieras pero que tenga un leve parecido con la realidad. A ver si me van a llevar a hacer *rafting* o algo...

Me entró un escalofrío solo de pensarlo.

—Tú déjame a mí. Tengo un montón de experiencia con esto, ni sé las veces que he cambiado mi perfil, para atraer a distintos tipos de hombres...

A veces Ana me daba miedo.

—¿Rango de edad? —preguntó.

—¿Rango de edad de qué?

—De tus potenciales citas.

Me encogí de hombros otra vez.

—No sé... de cuarenta a... ¿cincuenta y cinco?

Ana levantó la vista del ordenador para mirarme como si estuviera loca.

—Si en vez de una tía de cuarenta años fueses un tío de cuarenta años, ¿sabes qué rango de edad pondrías? No hace falta que me contestes, te lo digo yo: pondrías de 20 a 35. Con un par de narices. Sin complejos. Y lo sé porque lo he visto con mis ojos, y no una ni dos veces: es lo más común del mundo.

—Bueno, no sé, pues pon de 38 a 55...

Ana volvió a teclear, intuyendo que se me estaba acabando la paciencia y en cualquier momento me iba a arrepentir de todo aquello.

—Voy a poner el límite en cincuenta —murmuró casi para sí misma—, porque como ponga 55

te van a escribir tipos de 80 años. Tú no sabes el percal que hay ahí dentro.

—Pues me estás animando.

—No te preocupes, al principio asusta pero es divertido... cuando le coges el truco.

Me dejaba mucho más tranquila.

—Ale, ya está —dijo, soltando el teclado—. Ahora a instalarte la *app* en el móvil, no vas a entrar en el ordenador cada dos por tres a ver si tienes mensajes, como si estuviéramos en los noventa.

Me instaló la *app* en el móvil y me explicó cómo funcionaba. Me sentía como una abuela a la que le dan por primera vez un *smartphone*. Me daba la sensación de que no iba a usar aquello, ni iba a abrirlo por miedo a confundirme al darle con el dedo a algo que no debía, o deslizar el dedo hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, y al revés.

Al final había puesto una foto en la que no se me veía la cara del todo, o al menos no de frente. Estaba riéndome, mirando hacia abajo. Me gustaba la foto, era simpática y no era en plan “foto de pasaporte”, ni una foto enseñando el escote, ni una de una boda, ni una en bikini (como quería Ana) y que parecían ser las temáticas predominantes en las fotos de perfil de la gente.

\* \* \*

TENGO que confesar que los siguientes días fueron francamente interesantes.

Normalmente, tengo dos formas de aproximarme a las cosas en la vida: o voy retrasándolas y apartándolas de mi mente hasta que me tengo que enfrentar a ellas de golpe —por ejemplo: el estado de mi matrimonio, o mi tesis— o me tiro a la piscina a lo bomba desde un trampolín, para que el dolor pase pronto.

No sabía exactamente por qué, con la famosa *app* de citas había elegido la segunda opción. Inmersión total e instantánea. Me pasé los siguientes tres días a la hora de comer y por la noche al llegar a casa, mientras cenaba con una bandeja en el sofá y la televisión de fondo —sí, esa era mi vida— pasando foto por foto, bio por bio. Estaba enganchada.

El resultado era que ya tenía una cita para ese sábado, para cenar. Ana me había dicho que era mejor quedar a tomar una copa primero, porque había gente muy rara y una copa no me comprometía a nada y podía escapar en media hora si la cosa iba mal, pero el hombre me había propuesto cenar y no supe decirle que no. Era mayor que yo —51 años— pero parecía interesante. Se mantenía en forma haciendo pesas, tenía una foto en blanco y negro (en la que se podía ver que aún conservaba el pelo), me gustaba su bio y parecía que teníamos intereses comunes, aunque leer y el cine no es que fuesen aficiones súper originales para no compartirlas con el 90% de la población, pero bueno.

Me había preparado para la cita, quizás excesivamente: me había maquillado con todo detalle, estrenaba vestido y había ido a la peluquería, ni más ni menos. Estaba en la barra del bar del restaurante, como un flan, como si estuviera esperando a mi cita del baile de graduación. Cuando le dije a Ana que la cita era para cenar, insistió en tener una estrategia de escape. Yo estaba emocionadísima —ahora entendía cómo la gente podía engancharse a aquello— pero ella, que tenía muchísima más experiencia que yo, era escéptica: me dijo que se producían un montón de desastres y que no me confiara. Así que habíamos quedado en que iba a llamarme al móvil media hora después de la hora a la que había quedado con Harry, que así se llamaba mi cita. Si era un horror, podía fingir una emergencia y salir corriendo.

No iba a hacer eso de ninguna manera. Tenía demasiada educación.

\* \* \*

## TRES

— ¡Tina?

Todavía sonriendo al camarero que me acaba de poner la copa delante, miré al hombre que había pronunciado mi nombre, a mi derecha. Era un señor mayor, algo más mayor que mi padre, así que asumí que sería algún amigo suyo que me había reconocido allí, sentada en la barra.

Oh dios, esperaba que se fuese antes de que apareciese mi cita. No quería que se corriese la voz en mi familia de que estaba quedando con gente por internet.

No es que tuviese prejuicios —allí estaba, ¿no?— pero mi familia era un pelín conservadora y no quería tener que dar explicaciones.

—¿Sí? —contesté sonriendo, sin reconocerle.

Cuando pensaba que iba a soltarme un “cuánto tiempo sin verte”, “cómo has crecido” o “qué tal está tu padre”, dijo:

—Soy Harry —y acto seguido se abalanzó sobre mi taburete para saludarme con un beso en cada mejilla.

Entonces fue cuando me fijé en él detalladamente, cosa que no había hecho antes, cuando pensaba —ilusa— que podía ser un conocido de mi padre.

Para empezar, no conservaba todo su pelo, como en la foto. Pero las diferencias con su foto y lo que había puesto en su perfil no acababan ahí.

El pelo que tenía —por los lados y un poco por atrás— era gris, mucho más que en la foto, aunque su foto fuese en blanco y negro.

No medía un metro ochenta. De hecho, yo mido uno setenta y le sacaba un trozo no pequeño.

Y para terminar: no, no tenía cincuenta y un años. No dudo que los hubiese tenido alguna vez, pero no en la actualidad, no en el momento presente en el que nos encontrábamos.

*Tierra trágame.*

Temí por su vida cuando se subió al taburete que estaba a mi lado y pensé en echarle una mano. No quería que se cayese y se rompiese la cadera.

—¿Harry? —pregunté, para asegurarme, sin dar crédito—. No... no te había reconocido.

Sonrió, se le formaron todavía más arrugas en el rostro de las que ya traía puestas y pareció todavía más mayor que antes, si eso era posible.

Oh dios, ¿dónde me había metido?

—Sí, tengo que cambiar la foto, es de hace un tiempo.

¿Un tiempo? La foto era de hacía veinte años, mínimo. Ahora entendía porqué estaba en blanco y negro. Porque no existían las fotos en color cuando se la había hecho.

Estaba en *shock*. No pude decir nada. No pude más que quedarme mirándole, mientras se pedía un coñac...

Oh dios, hasta pedía bebidas de viejo.

A ver, no tengo nada en contra de la gente mayor. Dentro de unos años yo también lo seré. Pero no tengo interés en tener citas con tipos más mayores que mi padre, o jubilados. Llámame exigente.

—Harry... ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dime, guapa —cogió el coñac, me guiñó el ojo y le dio un trago a la copa.

Respiré hondo. A ver cómo decía aquello sin que sonase mal.

—En tu perfil decías que tenías cincuenta y un años...

Lo dejé ahí, en el aire, a ver si completaba la frase. A ver si pillaba la idea y me decía lo que le estaba preguntando sin necesidad de preguntárselo. No sé si me explico.

No quería ser maleducada, pero tampoco quería tener una cita con un septuagenario.

El tipo sonrió, poniendo cara de pillín.

—Es que me siento como si tuviera cincuenta. En realidad, me siento como uno de cuarenta... y tengo que decirte, que *en el catre* no he tenido ninguna queja —otra vez guiñó el ojo—. Me mantengo en forma.

De verdad, de verdad que preferiría no haber oído aquello. Iba a tener que echarme lejía en el cerebro para olvidarlo.

—Pero... ¿cuántos años tienes? ¿En realidad? —insistí.

Torció un poco la boca, haciendo una mueca.

—Bueno, si quieres saber la cifra *oficial* —dijo, haciendo comillas con las manos—, pues son sesenta y ocho, pero nunca he tenido ningún problema...

No escuché nada más de lo que dijo a partir de entonces. Había dejado de escuchar cuando había dicho sesenta y ocho.

Se puede mentir un poco en el perfil de Tinder, como en el currículum. Y luego se puede quitar uno diecisiete años de golpe.

Diecisiete. No uno ni dos: diecisiete. Un adolescente entero.

—Me está vibrando el móvil —dije de repente, rebuscando en mi bolso—. Tengo que cogerlo, porque he dejado a los gemelos con la canguro, y uno tiene una infección de oído y seguramente tenga que llevarle a urgencias...

No sabía lo que estaba diciendo. Estaba flipando tanto, que las palabras salían de mi boca sin que yo las controlara. Estaba hablando de mis hijos cuando había puesto en el perfil que no tenía. Pero bueno, el tema iba de mentir, ¿no? Y yo no era la que había empezado.

Me daba igual, lo único que quería era salir de allí.

—¿Diga? —dije, cogiendo el teléfono que era obvio que no había vibrado ni sonado ni nada. De hecho, yo creo que no me había molestado ni en deslizar el dedo por la pantalla para fingir que lo descolgaba—. Oh no, es terrible... —saqué un billete de veinte dólares de la cartera y lo puse encima del mostrador del bar, para pagar mi bebida a medias, la suya y las que quisiese tomarse a mi salud—. Estoy de camino, no te preocupes.

Estaba ya con el bolso colgado y la chaqueta en la mano. Sin separar el teléfono de mi oreja, miré al tipo, que tenía las cejas levantadas y la boca abierta como para decir algo, pero no le di oportunidad. Hablé lo más rápidamente que pude:

—Lo siento mucho, voy a tener que irme y dejarlo aquí, de verdad que ha sido un placer conocerte pero no tengo más remedio que irme, es una emergencia; encantada de conocerte.

Justo dije la última palabra y al segundo siguiente estaba en la calle. Había avanzado dos metros en la acera cuando abrí la *app* en el móvil y le bloqueé.

LLAMÉ A ANA mientras me iba andando a casa. Tenía más de veinte minutos de camino y llevaba tacones, pero me daba igual: necesitaba andar, me estaba saliendo humo por las orejas y necesitaba calmarme.

Después de que Ana terminase de carcajearse en mi oreja, dije:

—Lo que no entiendo es, ¿qué hay en la cabeza de un tipo de casi setenta años para quedar con una mujer de cuarenta, mintiendo sobre su edad? ¿En qué universo no me va a importar no solo que haya mentido en el perfil, sino que pueda ser mi padre? ¡Que me lleva casi treinta años, Ana! ¡Treinta! Que cumplir años me ha deprimido pero no hasta ese punto...

Oh dios. Me pregunté si a partir de entonces solo iba a recibir mensajes de tipos en la tercera edad, al borde de la jubilación, porque para los tipos de mi edad era “demasiado vieja”.

Oh dios.

—El tipo estaba probando suerte, Tina —me dijo Ana, intentando tranquilizarme—. No te lo tomes como algo personal. Vas a tener que besar muchos sapos hasta dar con un tipo medio decente.

—Pero no quiero besar sapos... —medio lloriqueé al teléfono—. Solo quiero una cita normal con un tipo normal, para pasar el rato el sábado por la noche.

Ana suspiró al otro lado del teléfono.

—Bueno, peor fue lo que me pasó a mí una vez: llegué al bar, el tipo se había pedido una botella de vino, dijo que iba al baño y no volvió y me dejó con la cuenta... Y era una botella de vino de cien dólares.

—Pues me estás animando. Voy a llegar a casa y a borrarle el Tinder.

—¡No! —gritó Ana en mi oreja—. No lo hagas, Tina, no puedes rendirte... solo has tenido una mala experiencia, y ha durado dos minutos. No puedes darte por vencida.

Suspiré. Vestida, maquillada, pelo de peluquería... todo para nada. Para irme a casa, pedirme una pizza y ponerme a ver Netflix. Perfecto.

—Bueno. Pero ahora voy a tener que esperar a que se me pase el disgusto para volver a probar...

\* \* \*

## CUATRO

Dos semanas. Eso fue lo que me duró el disgusto y mi voto de “nunca más”. Empecé a darme cuenta de que tenía razón con lo de la edad, de que solo me aparecían hombres en la cincuentena... hasta que vi una foto de un tipo que me llamó la atención. Lo interesante era que la foto se parecía bastante a la mía, el hombre estaba mirando hacia abajo y sonriendo, solo se veía un trozo de su cara, la línea de la mandíbula, las arruguitas que le salían en los ojos al sonreír...

*Hum.*

Aficiones: viajar, animales, leer, pelis, etc. La verdad es que todo el mundo ponía lo mismo.

Edad: no ponía.

Intenté escrutar la foto lo máximo posible para hacerme una idea de lo que me podía encontrar, pero no se podía adivinar por la foto. Por un momento tuve miedo de que fuese una de esas fotos de *stock* sacadas de algún sitio de internet.

Ya me esperaba cualquier cosa.

Bueno, no tenía que quedar con él. Solo tenía que agregarle, o deslizar el dedo, o hacer *check*, o como se llamase aquello...

Lo hice, y enseguida me sonó el ding de la app.

Habíamos hecho *match*.

CON ESTE TIPO descubrí una cosa: no me gustaba chatear. El hombre —se llamaba Nick— era agradable, y era fácil hablar con él, no tenía faltas de ortografía, me hizo reír un par de veces, pero me desesperaba estar chateando con alguien que no sabía quién era. Después de la última experiencia, la verdad es que no quería invertir el tiempo en alguien a quien luego iba a ver solo dos minutos.

Así que, escarmentada de la última vez, decidí quedar con él cuanto antes: y esta vez no para cenar, sino para “tomar algo”. Sin compromiso. Media hora. Si me arrepentía, *encantada de conocerte* y a otra cosa.

No estaba como para perder el tiempo.

Quedamos un viernes a las ocho y media, con el tiempo justo para llegar a casa del trabajo, cambiarme de ropa —nada de peluquería esta vez—, refrescarme un poco el maquillaje —de diario, nada de esmerarme— y salir por la puerta.

EL SOL ACABABA de ponerse y la noche prometía ser cálida, primavera tardía con olor a verano, últimos de abril. Los bares y las terrazas estaban a tope, las aceras llenas de conversaciones, de gente con ganas de verano y de quitarse por fin los jerséis.

Me había puesto mis vaqueros favoritos, una blusa y una chaqueta fina, por si acaso luego refrescaba. Tenía que decir que no tenía ningunas ganas de quedar con nadie, menos que nadie un

desconocido, pero se estaba bien en la calle y hacía una noche estupenda... respiré hondo y me dije que peor que la última vez no podía ser.

¿Verdad?

Entré en el bar en el que habíamos quedado. Estaba bastante lleno, pero había llegado casi diez minutos antes, así que ni me molesté en mirar entre la gente para intentar encontrar a mi cita. Que iba a ser difícil de todas formas, porque su foto de perfil no era lo bastante clara como para que se le viese la cara entera. Esperaba que él sí me reconociese a mí.

Conseguí un hueco en la barra, me senté en un taburete y pedí un Cosmopolitan.

El camarero se fue a preparármelo y en ese momento el tipo que estaba a mi lado en la barra se volvió hacia mí.

Era alto, me sacaba casi una cabeza, y atractivo, mucho, pero en lo primero que me fijé fue en su olor, como a bosque o a hierba, a césped recién cortado. Estábamos tan cerca en aquel bar a tope que fue lo primero de lo que me di cuenta. Luego me fijé en la camisa azul oscura, un botón abierto en el cuello.

Y los ojos: verdes, intensos y sonrientes.

—¿Tina?

Me quedé mirándole fijamente, sin poder responder.

Ese era mi nombre, sí. Lo que no sabía era por qué el desconocido lo sabía.

El desconocido sentado justo a mi lado en la barra, cerca de mí, demasiado cerca; de pelo corto pero un poco rizado en la nuca... de camisa recogida y antebrazos morenos...

—¿Sí? —fue mi brillante respuesta.

En aquel momento la sonrisa se hizo más amplia, y me vi atraída hacia él como una luciérnaga a la luz.

—Soy Nick —dijo, y se me cayó el alma a los pies.

El desconocido alto y atractivo —extremadamente atractivo— era mi cita.

Pero también era joven —extremadamente joven—, mucho más que yo.

\* \* \*

## CINCO

—¿Helado?

—Mora o café. Cualquier sabor menos vainilla, en realidad.

—¿Bebida?

Lo pensé un instante.

—Depende. Cosmopolitan en un club, *Prosecco* en casa, cerveza en un picnic, y si estoy en algún sitio en la playa, *caipiriña* o *mojito*.

Nick, que así era como se llamaba mi cita, inspiró y soltó el aire de golpe, y no pude evitar fijarme en su pecho cuando hizo esto.

—¿Quieres casarte conmigo?

Empecé a reírme.

Llevábamos un buen rato hablando de nada en especial, simplemente pasando el tiempo. Miré el reloj. Una hora. No me podía creer que hubiese pasado una hora.

Evidentemente, aquello no iba a ir a ninguna parte. Quizás por eso me había relajado y estaba simplemente hablando, disfrutando de las vistas. Las vistas eran, por supuesto, mi cita: era un placer mirarle, cosa que por cierto no hacía solo yo, sino también la mitad femenina del bar, que estaban constantemente lanzándole miradas disimuladas —y no tan disimuladas—.

La mandíbula cuadrada, los brazos musculosos, cintura estrecha y unos vaqueros oscuros que le quedaban... debería ser *ilegal* llevar esos vaqueros con ese cuerpo. Yo solo digo eso.

Nick miró su reloj, uno de esos enormes que se conectan con el móvil y graban actividades. No me gustaba la gente que llevaba esos relojes, me parecían enormes y horteras —además, no estaban haciendo ejercicio, ¿estabas en un bar o estabas contando pasos?— pero al hombre se le podía perdonar todo. Todo le quedaba bien. Se podía haber presentado con zapatos y calcetines blancos, y habría dado igual.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó cuando levantó la vista del reloj.

Me encogí de hombros. La verdad era que me lo estaba pasando bien, y ciertamente era la hora de cenar.

—Vale —dije—. Vamos donde quieras, me da igual el sitio.

Dije esto porque realmente me daba igual, pero tampoco quería proponer un sitio *carca*. La diferencia de edad era tanta, que no sabía qué sitios estaban “de moda” hoy en día.

A ver, de la diferencia de edad no podía estar segura, porque tampoco se la había preguntado directamente. Era obvia. No le echaba más de 32-34 años (estirando mucho, 35), pero tenía que reconocer que aunque fuese de un año me sentiría incómoda. Nunca había salido con nadie más joven que yo; mi exmarido me llevaba seis años.

Y sí, tenía prejuicios en ese sentido, no me importaba reconocerlo.

Pero bueno, una vez que había decidido que aquello no iba a ninguna parte —románticamente hablando— estaba mucho más relajada y ya podía disfrutar de la noche. La presión había desaparecido.

Además, el tipo era divertido y el tiempo que llevábamos en el bar se me había hecho cortísimo. Era viernes por la noche, no tenía nada que hacer y cenar me parecía una buena idea.

Y como había dicho antes, por lo menos me estaba alegrando la vista.

—ME DA LA SENSACIÓN, corrígeme si me equivoco —dijo Nick, inclinándose un poco hacia mí—, de que ya has decidido cómo va a terminar esta cita.

Le miré, al otro lado de la mesa de mantel rojo. Al final nos habíamos decidido por un restaurante italiano, que nos gustaba a ambos y estaba cerca del bar donde habíamos estado tomando algo. Afortunadamente tenían una mesa libre, y allí estábamos ahora, atacando el postre: tiramisú, *mmmm...*

Dejé de comer y apoyé el tenedor en el plato.

—¿Por qué piensas eso? —pregunté.

—Es una sensación que tengo. Llámalo instinto. Creo que nos lo estamos pasando demasiado bien. Está siendo demasiado fácil.

—¿Perdón?

—La gente suele estar nerviosa en las primeras citas, es normal, pendientes de dar buena impresión...

Levanté las cejas.

—¿No he dado buena impresión?

Nick rió ligeramente.

—No es eso. Todo lo contrario. La cita está yendo demasiado bien, no sé si me explico. No parece una cita. Parece que he salido a cenar con un colega.

—Tú tampoco estás nervioso —dije, como acusándole.

—Yo nunca me pongo nervioso, Tina.

Había dicho la última frase con un tono de voz profundo, mirándome a los ojos, y no sé por qué, me revolví en mi asiento, inquieta.

De repente ya no me apetecía más postre.

—Está resultando todo demasiado fácil —siguió diciendo—, y eso solo puede significar dos cosas: que has decidido desde el minuto uno que soy el hombre de tu vida, cosa que dudo, o que me has descartado desde el principio y por eso estás relajada y te has dedicado el resto de la noche a pasártelo bien. Porque tampoco soy mala compañía.

Sonreí, sin poder evitarlo. Sí que era buena compañía. Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien, y además con un desconocido... no quería que se acabase la noche, era la verdad.

—Además —añadió—. No has flirteado ni una sola vez.

—¿Flirteado?

—Coqueteado, no sé cómo explicarlo.

Ladeé la cabeza y moví el pelo a uno y otro lado, exageradamente, poniendo morritos.

—¿Mejor así?

Nick soltó una carcajada.

—No, en serio... tengo razón, ¿verdad?—. No dije nada y cogí otro trozo de tiramisú con la cuchara—. ¿Puedo hacer algo al respecto? Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien. La mayoría de las veces que quedo con alguien de Tinder es un desastre. ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

¿Que qué era lo que no me gustaba de él?

Nada, me sorprendí pensando. Absolutamente nada. Me gustaba todo de él.

¡Maldición!

Inspiré hondo, y decidí ser sincera.

—No hay nada que no me guste de ti, Nick, en serio, es... otra cosa. Es la edad.

Sonrió un poco.

—Me lo temía. Soy demasiado viejo para ti, ¿verdad?

No pude evitar sonreír.

—No, en serio... —dije—. ¿Por qué no tienes la edad puesta en tu perfil? Nos habríamos ahorrado la cita.

Levantó las cejas.

—¿Y se supone que eso es bueno? Entonces no nos habríamos conocido. Y yo me lo estoy pasando bien.

—Yo también, pero no es eso... quizás esperabas otra cosa, y esto —señalé entre nosotros, la mesa, en general— es lo único que va a pasar.

Se recostó en la silla, serio.

—No tengo citas para ver lo que puedo sacar de ellas, Tina. Quedo con alguien para pasar un buen rato, y lo estoy pasando. Además —cogió su vaso de vino tinto y le dio un trago, para esconder una sonrisa—, quién sabe lo que puede pasar. La noche es joven... —sonrió, travieso, con una sonrisa de dientes blancos—. Tan joven como yo.

\* \* \*

## SEIS

—*A* ver, vamos a analizar el problema —dijo Nick.

Habíamos pedido un par de cafés después de la cena, más que nada porque ninguno de los dos queríamos dar la noche por terminada. Yo por lo menos no quería... prefería no pensar por qué, pero no quería.

—¿Tienes cuarenta, no? —preguntó, aunque lo tenía puesto en el perfil.

Miré a mi alrededor, por si la gente en el resto de mesas le había oído. Como si hubiese dicho que tenía una enfermedad contagiosa.

—Desde hace tres semanas —susurré.

—Vale. Entonces, ¿Rechazarías una cita con un hombre de cincuenta?

Pensé instantáneamente en Hugh Jackman, no me preguntes por qué.

—No —contesté sin dudar.

Cruzó los brazos y se recostó en la silla sonriendo, satisfecho de sí mismo.

—¿Pero con uno de treinta sí? La diferencia es la misma. Doble estándar, Tina.

Abrí la boca para rebatirle y la volví a cerrar.

Tenía razón.

Doble estándar de libro.

Aún así... le miré con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces tienes treinta años?

Su edad real era una de las cosas que necesitaba saber *ya* si queríamos continuar con esa conversación.

Dejó de sonreír al instante.

—Casi...

*Oh-oh.* Solté la cucharilla del café en el plato, haciendo más ruido del necesario.

—¿Cuánto es *casi*? Define *casi*.

—Veintinueve —dijo murmurando, sin mirarme.

Oh dios, estaba mintiendo y se notaba. Tenía menos de treinta, y menos de veintinueve. Era peor de lo que había pensado en un principio...

—Prueba otra vez —dije.

Suspiró.

—Vale. Veintiséis.

Me quedé paralizada, la taza de café en la mano, a medio camino de mis labios.

No podía ser.

Era un tipo con aplomo, con mundo... o eso parecía, hablando con él. No era un *chico*, era un hombre hecho y derecho. Nunca le habría echado menos de treinta y dos, treinta como muy poco. En mi cabeza un chico de veintiséis años era casi como un adolescente, todo el día pegado a la consola y viviendo en casa de sus padres...

Oh no.

—¿Vives con tus padres? —pregunté, en voz baja, casi con miedo.

—Por supuesto que no —dijo con énfasis, como si le hubiese ofendido—. ¿Por qué es tan

importante la edad? No es más que un número. Además —sonrió un poco, con una sonrisa ladeada que le hacía aún más atractivo, si eso era posible—, solo estamos conociéndonos. Esto es algo... informal. De momento la edad no pinta nada.

¿A qué se refería con que era *algo informal*? ¿A que era un encuentro casual, y en ese caso la edad importaba menos? Si lo miraba así, tenía su lógica... empecé a ponerme un poco nerviosa, pensando en “encuentros” casuales e informales.

—Tina...

Me cogió la mano que tenía sobre la mesa, y me acarició la palma con el pulgar. Solo eso, nada escandaloso ni fuera de lugar, un gesto casi mecánico, espontáneo.

Me quedé mirando nuestras manos sobre el mantel y tragué saliva.

El pulgar en la palma de mi mano estaba haciendo cosas por mí que no había hecho nadie, antes. Me estaba provocando sensaciones hasta ahora desconocidas. A mi edad.

O yo estaba muy necesitada, o Nick era un maestro, o las dos cosas a la vez.

—Quiero pasar la noche contigo —dijo, en un susurro.

Tragué saliva y seguí con la vista fija en el mantel, en nuestras manos enlazadas. Aquello no era buena idea. No podía salir bien, era una estupidez, me sentía idiota con aquel hombre, como si fuera un caso de caridad. Como si me estuviese haciendo un favor.

—Nick... —empecé a decir, y levanté la vista del mantel.

Fue un error. Me estaba mirando con los ojos verdes llenos de deseo, los labios gruesos entreabiertos, y sentí que mis fuerzas flaqueaban.

¿Qué tenía que perder? Era algo “casual”, ¿no?

Entonces apareció el camarero de la nada con la cuenta que le habíamos pedido y la dejó sobre la mesa, dentro de una especie de carpetita de piel. Nick me soltó la mano y se rompió el hechizo.

Aquello era absurdo. Del todo.

Cogí la carpetilla con la cuenta a la vez que Nick, y nos quedamos con ella en la mano, agarrando cada uno de un extremo.

—La cena ha sido idea mía —dijo.

—Sí, pero hemos comido los dos.

—¿Y?

No sé por qué, pero me imaginé que con lo joven que era tendría un trabajo precario —había dicho que era entrenador personal, pero sinceramente dudaba mucho que eso estuviese bien pagado— mientras que yo, a los cuarenta, tenía varios años de experiencia y subidas de sueldo a mis espaldas.

—Hacemos una cosa —dijo él por fin—, me dejas pagar y la siguiente vez invitas tú. Así estás en deuda conmigo y no tienes más remedio que aceptar una segunda cita.

—Eso es chantaje —e iba a funcionar. Era un chico listo.

Sonrió lentamente, mientras se llevaba la carpeta de la cuenta.

El momento que habíamos tenido antes de que llegase el camarero había pasado. Me dio la sensación de que ya sabía, o imaginaba, que no me iba a ir a casa con él. No volvió a mencionar el tema, y lo peor es que no sabía si estaba aliviada o decepcionada.

ESTÁBAMOS EN LA ACERA, fuera del restaurante. Nick vivía cerca, yo había pedido un Uber y estábamos esperando a que apareciera.

No íbamos a compartir coche porque vivíamos en direcciones opuestas.

A pesar de ser viernes, habíamos llegado a la conclusión no hablada de que la noche había

acabado para nosotros. Yo por lo menos estaba mentalmente exhausta, de luchar conmigo misma, buscar excusas para alejarme de él.

En eso estaba, mirando hacia el final de la calle, esperando ver aparecer el coche, cuando Nick se acercó a mí, bajó la cabeza y me besó.

Tardé un segundo en reaccionar, porque me había pillado por sorpresa, eso era cierto.

Pero solo un segundo.

Luego empecé a saborear sus labios mientras él hacía lo mismo con los míos... sabía a vino y a tiramisú. Ladeé la cabeza, Nick hizo el beso más profundo y de repente el suelo desapareció bajo mis pies.

Enlacé las manos en su cuello, él puso las suyas en mi espalda y me atrajo hacia él. Era intoxicante, como si en vez de dos copas de vino en la cena me hubiese bebido dos botellas.

El corazón se me aceleró y se me erizó la piel. Se me nubló la mente y se me borraron todos los pensamientos que tenía en la cabeza, todos, a la papelera de reciclaje.

Cuando por fin paramos para tomar aire estábamos respirando con dificultad y no podíamos apartar los ojos el uno del otro.

Seguíamos enlazados, mirándonos a los ojos. Yo por lo menos estaba afectada, más de lo normal. Nick, sin decir nada, también lo parecía.

—Hoy no vamos a ir a mi casa, ni vamos a ir a la tuya —dijo, con voz ronca.

—¿No? —pregunté, a mi pesar, yo también con la voz ronca, la poca que me quedaba.

Nick sonrió, leyéndome el pensamiento —porque supuse que también era el suyo.

—No, hoy no vamos a ir ni a mi casa ni a la tuya, prefiero que lo dejemos aquí. De momento. Lo único que quiero es que cuando vayas a casa, esta noche, y los próximos días, pienses en mí. Que pienses en mí no como un chico de veintiséis años, sino como un hombre que tiene mucho que ofrecer.

Lo de que tenía mucho que ofrecer estaba fuera de toda duda: tenía su erección, de tamaño considerable, presionando a la altura de mi estómago... Dios, ¿por qué no podía ser una superficial, aunque fuera por un día?

Quería ser joven, alocada, que no me importase nada más que el momento, lamer toda la superficie de su piel...

*Basta.*

—Prométeme que me vas a llamar —dijo Nick mientras batallaba conmigo misma en mi cabeza.

Me quedé embobada mirando sus ojos verdes, con el cerebro —y lo que no era el cerebro— totalmente licuado.

Le habría prometido cualquier cosa, en ese momento. La luna, mi coche. Lo que me pidiese.

Suspiré.

—Nick...

—¿Tengo que besarte otra vez?

Quería decir que sí con una intensidad que no era normal, quería sentir sus labios en los míos una vez más, su cuerpo duro contra el mío, pero sabía que si me quedaba mucho tiempo más en aquella acera no iba a montarme en el coche que me estaba esperando, y aquello no iba a tener vuelta atrás.

—Te prometo que te voy a llamar —dije, y con un esfuerzo titánico me monté en el Uber que estaba esperando.

\* \* \*

## SIETE

No le iba a llamar.

Era lunes por la mañana, estaba sentada en el escritorio de mi despacho y llevaba todo el fin de semana ignorando los mensajes de Nick.

Cuando había vuelto a casa de la cena, después de una sesión con el Satisfyer —*ejem*— había recuperado la cordura. No podía dejar de pensar en la diferencia de edad. Era superior a mis fuerzas.

Cuando yo tenía 14 años y quedé por primera vez un fin de semana para beber a escondidas con mis amigos, él estaba naciendo. *Naciendo*.

Y cuando tenía 30 años y empecé en mi trabajo actual, él tenía 16 años y estaba haciendo botellón...

*Oh dios.*

Puse la frente en el escritorio y empecé a darme golpecitos contra la mesa.

—¿Qué, un mal finde? ¿Otro tipo de setenta años?

Levanté la vista. Ana estaba apoyada en el marco de mi puerta —había olvidado que la tenía abierta— y me miraba sonriendo.

Al principio no la entendí, luego me di cuenta de que me estaba preguntando por mi cita.

Me dio la risa floja.

—Peor.

—O SEA, a ver si me he enterado bien —Ana estaba sentada al otro lado de mi escritorio, había cerrado la puerta y no tenía pinta de irse hasta que no terminase de analizar mi cita del viernes paso a paso—: el tipo es alto, guapo, cachas, divertido, interesante, te hace reír... vamos, que te ha tocado la lotería del Tinder, y eso que acababas de empezar a jugar. Pero has decidido pasar de él porque es un poco más joven que tú. ¿En serio?

Era lunes y eran las ocho y cuarto de la mañana. No tenía ganas de hablar de ello, pero no tenía escapatoria.

—Un poco más joven no, Ana —me incliné sobre el escritorio—: catorce años más joven. Catorce años. Ca-tor-ce.

Levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Y qué más da! ¿Cuántos años tiene Hugh Jackman?

Ya estamos.

—Cincuenta y dos —dije, en voz baja.

—¿Y si viene y te pide una cita le dirías “oh no, que nos llevamos doce años, pero gracias”?

No dije nada porque no tenía nada que decir. Apreté los labios en una fina línea.

—Y por cierto —siguió diciendo—, que sepas que se lleva trece años con la mujer.

—Bueno, ya vale con el ejemplo Hugh Jackman.

—¿Le has *googleado*? —preguntó de repente Ana, inclinándose en su silla.

La miré, confundida.

—¿A quién?

Espero que no se refiriese a Hugh Jackman, porque no es que le hubiese *googleado*, es que tenía una carpeta de fotos en el móvil especialmente dedicada a él.

—Al tipo del sábado. ¿Cómo decías que se llamaba?

—Nick, Nick Johnson... y no, no le he buscado en Google.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta. Prefiero conocer a la gente en persona y que me vayan contando cosas tuyas sin necesidad de espiarles.

—Bueno, yo sí puedo *googlearle*, no tengo esos reparos...—. Cogió su móvil y empezó a teclear, y al de diez segundos dijo—: ¡Madre de dios!

—¿Qué? ¿Qué?—. Me levanté de la silla y rodeé mi mesa para mirar la pantalla de su móvil. Me esperaba que fuese un asesino en serie o algo, o que hubiese salido en un reality.

—¿Es este?

Vi a Nick en la pantalla, un montón de miniaturas de vídeo.

—Sí...

—Tiene un canal de Youtube, es entrenador personal. Un canal de ejercicios... *oh dios mío*.

Le había dado al *play* a uno de los vídeos, era uno de yoga, y nos quedamos las dos embobadas mirando al increíble espécimen de ser humano masculino que era Nick estirando en el suelo, encima de una esterilla. Con su maravillosa y profunda voz explicando las posturas de yoga.

*Oh dios oh dios mío*.

Nos quedamos un rato viendo el vídeo, sin hablar, como si nos hubieran hipnotizado.

—Tina... si no vas a quedar más con él, dame su teléfono, por el amor de dios —dijo Ana, medio en trance.

—No estoy segura todavía —dije mecánicamente, sin poder apartar los ojos de la pantalla de su móvil.

De repente, la idea de Ana con Nick me producía unos celos absurdos y fuera de lugar. Se me estaba yendo la olla.

LA MAÑANA del lunes ya podía darla por perdida. No podía concentrarme, no estaba haciendo nada de trabajo más que responder a un email de vez en cuando, me había pasado la mañana viendo vídeos de Nick en Youtube. Tenía clases de zumba, aeróbic, ejercicios con pesas y un montón de cosas más. Hasta Tai Chi.

Cuando no estaba con la cara pegada al monitor del ordenador, estaba mirando por la ventana, pensando en lo último que me había dicho Ana antes de salir de mi despacho:

*—No te vas a casar con él, ¿no? No sé qué problema hay. Queda con él, tíratelo unas cuantas veces, hasta que te canses, si es que tal cosa es posible, disfruta, sal por ahí, pásatelo bien y no te comas la cabeza con tonterías. No vas a casarte con él, acabas de conocerle. Solo vas a salir con él. A lo mejor luego no te cae bien, o es un crío, o no sois compatibles... pero que te quiten lo bailado. Pásatelo bien, por una vez.*

En eso tenía razón Ana: hacía mucho tiempo que no me lo pasaba bien, que no me divertía. Tanto que ya ni me acordaba de la última vez. Y me había divertido el sábado, mucho, era la mejor cita que había tenido... desde que tenía veinte años. Miré de reojo a Nick en mi pantalla, congelado porque le había dado a la pausa, con los músculos de los brazos y hombros que dejaba ver la camiseta sin mangas, definidos y en tensión... y empezaron a entrarme sudores.

No, no iba a casarme con él. No había nada que impidiese que me divirtiese... un poco.  
Cogí mi móvil para responder los mensajes que Nick me había dejado durante todo el fin de semana.

\* \* \*

## OCHO

Le dije la verdad, que no le había respondido porque era una duda con patas pero que había decidido darnos una oportunidad. Tuve la suerte de que era más maduro de lo que sus años presuponían —por lo menos más maduro que yo, que me había dedicado a ignorarle todo el fin de semana como si tuviese quince años— y lo entendió.

Quedamos otra vez para el viernes por la noche. Pensé que se me iba a hacer larguísimo, pero el resto de la semana pasó a toda velocidad. Me sentía como una adolescente, pegada al móvil, esperando a oír el sonidito de los mensajes para ver lo último que me había escrito Nick.

Nos pasamos toda la semana intercambiándonos mensajes, fotos y tonterías varias.

Tenía que confesar, también, que durante la semana había probado a hacer alguno de sus vídeos de ejercicios. A hacerlos de verdad, vestida de deporte, no a verlos por la noche en mi tablet en la cama mientras... en fin, voy a dejarlo aquí.

Creía que estaba en forma de ir al gimnasio, pero qué equivocada estaba. Había estado a punto de desmayarme intentando hacer su vídeo de Zumba.

QUIZÁS FUE por eso por lo que reaccioné como reaccioné la siguiente vez que le vi, por haberme pasado todas las noches viendo vídeos suyos con los músculos en la pantalla... con su voz grave repitiendo ejercicios, aquellas flexiones encima de la esterilla en el suelo... no lo sé.

También influyó que cuando entré en el bar en el que habíamos quedado le encontré sentado en un taburete en la barra, con una cerveza frente a él, una chica espectacular —y joven— hablándole mientras él sonreía y negaba con la cabeza.

Era obvio que no podía estar solo más de cinco minutos, sentado en una barra o donde fuese.

Me acerqué a él, y en cuanto me vio cruzando el bar se le iluminaron los ojos y su sonrisa se hizo más ancha.

—Tina.

Esta vez la camisa era granate y los vaqueros oscuros. Apenas me fijé, de todas formas. Tenía los pies apoyados en el travesaño del taburete y las piernas abiertas, así que cuando llegué hasta él me coloqué entre sus muslos, le puse una mano en la nuca para que bajara la cabeza y le besé.

Bueno, para ser precisos, empecé a besarle yo, pero enseguida se hizo cargo de la situación: en menos de dos segundos tenía su lengua en mi boca, sus manos en mi cintura y estaba pegada a él, mientras nos devorábamos.

Por el rabillo del ojo vi cómo la chica se apartaba, discretamente.

Oímos un carraspeo procedente del camarero, y fue cuando me di cuenta de que probablemente podrían arrestarnos por escándalo público.

Nos quedamos mirándonos, la respiración agitada, los labios hinchados.

Nick cogió su cerveza de encima del mostrador, se la terminó de un trago y dijo:

—¿Nos vamos de aquí?

\* \* \*

EN EL TAXI empezaron a entrarme los nervios. Eso que Nick no me dejó ni un instante para pensar, su mano apoyada en mi muslo desnudo —llevaba un vestido primaveral, no excesivamente sexy, suelto, por la rodilla, negro con lunares blancos—, sus labios rozándome el cuello.

—Me alegro de que hayas decidido darme una oportunidad— dijo en mi oído, con su tono de voz sensual y aterciopelado, y estuve a punto de derretirme sobre el asiento trasero del taxi.

Pero la verdad era que estaba nerviosa. Me arrepentía de haberme dejado llevar por mis instintos antes, en el bar. No tenía que haberme lanzado sobre él de aquella manera; había ido demasiado deprisa. El plan original era ir a cenar, y luego tomar algo. Ahora estábamos en el ascensor de su edificio —un bloque relativamente nuevo del centro de la ciudad— y no podía dejar de moverme, poniendo mi peso en un pie, luego en otro, como si me hubiera entrado el baile de San Vito.

Nick abrió la puerta de su piso —vivía en el ático— y me puso una mano en la espalda para que pasase primero. Di un respingo al notar su mano en la espalda, sin poder evitarlo.

Entonces vi su piso, y me quedé sin palabras. Muda.

El piso no es que fuese grande, pero estaba distribuido en un espacio abierto, con el salón y la cocina —tras una barra— en el mismo espacio. Pero lo que me dejó sin habla fue la terraza, enorme, a la que se accedía por una puerta corredera de cristal en el salón.

Una terraza que debía medir, a ojo, casi lo mismo que el salón entero.

Estaba decorada con un sofá y dos sillones de rafia con cojines en un rincón, una mesa grande con sus sillas, para poder comer fuera, unos farolillos... era una maravilla.

—Oh dios, la terraza... —dije en voz alta, sin poder evitarlo. Eran mi debilidad. Y también sabía que un piso en aquel edificio, un ático con aquella terraza, tenía que costar varios órganos vitales. Giré la cabeza y le miré con sospecha—. ¿Has heredado este piso?

Nick rió detrás de mí.

—No te creerías lo que paga ser el más visto en canales de fitness de Youtube. Eso sin contar los clientes que tengo.

Habíamos hablado de su canal de ejercicios durante la semana, cuando le confesé que mi amiga Ana había buscado su nombre en internet.

Podía imaginarme su éxito, teniendo en cuenta el número de visitas a sus vídeos y de suscriptores a su canal, pero que pudiese permitirse aquel piso, con aquella terraza, me dejaba de piedra.

¿Qué había estado haciendo con mi vida? Tenía que hacerme *youtuber* ya, de lo que fuese. Igual podía dar clases de hojas de cálculo, *domina las hojas de cálculo en diez sencillos pasos*, o algo así.

Sí, un canal de Youtube de contabilidad: seguro que me forraba.

—¿Quieres ver las vistas? —preguntó Nick.

—Sí, por favor.

Fuimos hasta la terraza, abrió la puerta y salimos al exterior. Anocheceía y la ciudad empezaba a iluminarse a nuestros pies, las luces del tráfico, de los edificios, de la ciudad contrastando con el cielo rosa y naranja.

Inspiré. El aire olía a verano y hasta parecía más puro desde allí arriba.

—Es increíble, Nick. No tengo palabras.

Me quedé unos segundos abstraída, disfrutando de las vistas.

—¿Qué te apetece cenar?—preguntó—. Podemos pedir lo que quieras. Te recuerdo que me

debes una cena... no creas que vas a librarte tan fácilmente.

Me giré para mirarle, y vi que estaba sonriendo. Sabía que estaba nerviosa —imposible no darse cuenta— y me estaba haciendo la vida más fácil, quitándome presión de encima.

Aunque me costara reconocerlo, poco a poco estaba descubriendo que Nick era —casi— el hombre perfecto.

Todavía no sabía si eso era bueno, o malo.

\* \* \*

## NUEVE

Nick tenía un cajón de la cocina lleno de menús y cartas de restaurantes que enviaban a domicilio. Como yo, parecía que él tampoco era muy hábil en la cocina.

Elegimos un restaurante que nos gustaba a los dos. Nick preparó unas copas mientras llegaba la comida, y cenamos en la mesa de la terraza, en el aire cálido de la noche, a la luz de los farolillos. Luego recogimos los platos y ahora estábamos disfrutando de una botella de vino que Nick había sacado un rato antes, “para que respirase”.

Con cada hora que pasaba me iba olvidando de su edad, la conversación fluía y las cosas que teníamos en común se hacían más evidentes. Estaba pasando una de las mejores noches de mi vida —otra vez—, la mejor después del sábado anterior, relajada y riéndome, y no quería que acabara nunca.

ME LEVANTÉ y me acerqué a la barandilla para admirar las vistas, con la copa de vino en la mano. Le di un sorbo. La noche era cálida, con el viento agitando ligeramente los bajos de mi vestido.

—¿Qué te ha parecido la cena? —preguntó Nick detrás de mí. Noté su calor en mi espalda, me pasó un brazo por la cintura y apoyó la cabeza en mi hombro, con familiaridad, como si llevásemos más tiempo juntos, en vez de ser nuestra segunda cita.

Suspiré.

—Ha sido increíble. La cena, las vistas, todo.

Me rozó el cuello con sus labios, y la copa de vino tembló en mi mano.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurró, y no esperó a mi respuesta—. ¿Por qué es tan importante la edad, Tina?—. Llevó la mano hasta mi pulso en el cuello, que estaba desbocado. —Está claro que tenemos química. La edad es solo un número, una convención social. No dejes que se interponga entre nosotros.

Tal como me estaba hablando, en el hueco de mi cuello, su aliento acariciando mi piel, iba a estar de acuerdo con todo lo que dijera, le iba a dar la razón en todo.

*No vas a casarte con él, solo divertirte un rato.*

Las palabras de Ana resonaron en mi cabeza. Tenía razón: ya era hora de no tomármelo todo tan en serio, de que yo también me divirtiese un poco. Tenía cuarenta años, pero no estaba muerta. Todavía tenía derecho a hacer locuras.

Giré la cara para besarle ligeramente, rozando mis labios con los suyos. Me devolvió el beso sin hacerlo más profundo, Nos besamos un rato de esa manera, suavemente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—¿Te lleno la copa?

Me di cuenta de que mi copa estaba vacía, no sabía cómo había pasado.

Vino no era lo que más necesitaba en aquel momento, pero antes de que pudiera responder me cogió de la mano y me llevó al interior de la casa. Fuimos hasta la cocina, en penumbra, iluminada solo por la luz que se filtraba por las cristaleras del salón.

Nick cogió la botella de vino del mostrador de la cocina y me llenó un poco la copa.

Le di un sorbo mientras nos mirábamos a los ojos, en la semi oscuridad. Cuando terminé me quitó la copa de las manos y la dejó a un lado. Puso las manos en mi cintura y me subió, sin ningún esfuerzo, a la barra que separaba la cocina del salón. Separó mis piernas para poder colocarse entre ellas y me besó.

Sabía a vino, a la calidez del vino que habíamos compartido. Enlazamos las lenguas, lentamente, en un beso profundo. Ladeé la cabeza y le eché los brazos al cuello.

El corazón me latía a mil por hora, aunque no estaba segura de si estaba oyendo el mío o el suyo.

No separamos y le miré, los labios entreabiertos.

Mi vestido era de manga corta, con cinco botones pequeños en el escote. Nick me los desabrochó uno a uno, y mi sujetador de encaje quedó a la vista.

El pecho me subía y bajaba con la respiración.

Bajó las mangas del vestido, primero una, acariciando la piel de mi hombro, luego la otra. Me acarició el escote con las yemas de los dedos, suavemente, como si estuviese comprobando la textura de mi piel.

Tragué saliva. Me estaba volviendo loca.

Volvió a besarme, pasó la mano por detrás de mi espalda y me desabrochó el sujetador.

Tenía la parte de arriba del vestido bajado hasta la cintura, el sujetador abierto, colgando de un tirante.

Mojó un dedo en mi copa de vino y lo pasó suavemente por uno de mis pezones, que se endureció al instante. Bajó la cabeza y pasó la lengua por el vino, muy suavemente, tanto que me pregunté si lo estaba soñando.

Hizo lo mismo con el otro pecho, el otro pezón, mientras los sujetaba en la mano...

Se me aceleró la respiración aún más y gemí mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Abrí más las piernas para acomodarle entre ellas, y noté el bulto duro de su pantalón en mi entrepierna.

*Mmm.*

Todo aquello estaba muy bien, y había que reconocer que Nick era hábil, muy hábil —se me estaban rizando las pestañas del placer—, pero la urgencia se apoderó de mí de repente. El deseo se había hecho cada vez más grande, como una bola de nieve, durante toda la noche —si era sincera, durante toda la semana— y estaba a punto de explotar.

Tenía la piel ardiendo, quería sentir su cuerpo contra el mío, quería sentirle dentro de mí, y lo quería *ya*.

Tomé el control y le desabroché los botones de la camisa, revelando un pecho lleno de músculos, los brazos, los abdominales marcados, la cintura estrecha, la uve que se le veía en la cinturilla del pantalón... una obra de arte; como si estuviera esculpido en bronce.

Aguanté la respiración. Menos mal que en los vídeos de ejercicios salía con camiseta y no se veía todo aquello, o Youtube los habría censurado por ser para mayores de 18 años.

Le acaricié el pecho, pasando los bordes de las uñas por sus pezones, y entonces el que aguantó la respiración fue él.

Puse la mano sobre el bulto de su bragueta y lo acaricié unos instantes, antes de seguir con el cinturón. Abrí los botones del pantalón lo justo para poder meter la mano por dentro.

*Oh sí, gracias dios.*

Cuando cerré la mano alrededor de su polla dura y caliente, al rojo vivo, se me contrajeron los músculos, pensando en tenerla dentro de mí, cuanto antes mejor.

Me mordió ligeramente el lóbulo de la oreja y tiró de él con los dientes.

—Tina... —dijo en mi oído, casi sin aliento.

—No puedo más, Nick... —le necesitaba dentro de mí, ya—. Por favor, necesito... te necesito.

Rió ligeramente, su cara en el hueco de mi cuello.

—Tus deseos son órdenes.

Metió la mano bajo el vestido y deslizó el tanga de encaje por mis muslos. Cayó en algún lugar del suelo de la cocina.

Se bajó los pantalones y se colocó en mi entrada. Empujó lentamente, penetrándome poco a poco, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante...

—Eso es, ven aquí...

Tiró de mi labio inferior con los dientes, suavemente.

—Abre bien las piernas, déjame entrar... mmmm, eso es...

—Aaaaaah... sí —susurré, sintiéndole cada vez más adentro, ensanchar mis músculos que se acostumbraban a su anchura y largura, acomodándole dentro de mí.

Abrí más las piernas para que entrara más profundamente.

Eran grande, larga y ancha, tal como la había palpado antes. Nunca me había sentido tan llena, llena del todo.

Llegó hasta el fondo y se quedó quieto dentro de mí. Apoyó su frente en la mía.

—*Dios*, Tina, qué caliente estás...

Estaba tan llena que no podía hablar, ni pensar, ni decir nada. Solo podía mordirme el labio para no gritar.

—Puedes ser todo lo escandalosa que quieras —dijo en voz baja, como si la oscuridad nos obligase a susurrar—. Estos edificios modernos están todos insonorizados.

Abrí más las piernas para acomodarle. Gemí y cerré los ojos, disfrutando de la sensación, en el paraíso.

Le tenía exactamente donde quería, invadiéndome, dentro de mí, hasta el fondo, donde nadie había llegado nunca... pero no se movía. ¿Por qué, por qué no se movía?

Iba a empezar a delirar de un momento a otro.

—Nick...

—¿Mmm?

—Muévete, por favor...

Salió lentamente de dentro de mí y volvió a entrar de golpe, echando las caderas hacia adelante con fuerza, sus manos agarrando mis nalgas para que no me cayese al otro lado de la barra de la cocina.

—¿Así?

Crucé las piernas alrededor de su cintura y puse los brazos alrededor de sus hombros intentando acercarme más.

—Sí... sí, así... *ah*.

Salió de dentro de mí y volvió a entrar despacio, despacio, una vez y otra, rozando cada vez que entraba y salía, mi clítoris sensibilizado...

Me penetraba profundamente, cada vez más adentro, y yo seguía gritando y gimiendo. Mi vocabulario se había reducido a *sí*, *Nick*, *más* y *oh dios mío*.

Empezó a rotar las caderas.

—¿Me sientes, Tina? ¿Sientes cómo te follo? ¿Te gusta?

—Más, Nick... más fuerte...

No fue más rápido ni más fuerte, siguió entrando y saliendo lentamente, haciendo círculos con

sus caderas cada vez que me penetraba hasta el fondo, despacio, y de repente el placer empezó a aumentar como cuando se forma una ola gigante, lo veía venir, cada vez era más grande, y tuve miedo de que me arrollara.

—Nick, Nick... voy a... *ah* —me costaba hablar, me agarré a sus hombros, quería moverme para acelerar aquello, necesitaba llegar, estaba justo ahí para mí, a punto, pero Nick me inmovilizó cogiéndome de las caderas mientras seguía follándome, despacio y profundo, cada vez más lejos, hasta que estallé.

—¡Ah, joder joder! ¡Me corro! ¡Sí sí sí!

No fue más deprisa, no aumentó la velocidad, simplemente siguió haciendo círculos con las caderas, dentro de mí, mientras rozaba mi clítoris con su pelvis, y el orgasmo me recorrió de punta a punta, con convulsiones, gemidos y gritos, el más largo e intenso que había tenido nunca.

Me costó un rato recuperarme, jadeando con la cabeza apoyada en su hombro, mientras me acariciaba la espalda.

Estaba saciada, extenuada, completamente laxa.

Me di cuenta de que Nick seguía completamente erecto, duro, de que él no había terminado.

Salió de dentro de mí, despacio, y se volvió a abrochar el pantalón.

Me ayudó a bajar del mostrador y se me doblaron las piernas, apenas podía sostenerme. Nick me sujetó mientras reía en voz baja. Metió la mano debajo de la falda de mi vestido y me dio una palmada en las nalgas desnudas.

—Vamos al dormitorio —dijo con la voz ronca de deseo, y sentí un escalofrío recorrerme la espalda—, esto no ha hecho más que empezar...

\* \* \*

## DIEZ

—*A*

sí, muévete... *mmm*, Tina...

Eso hice, le cabalgué una y otra vez, impulsándome hacia arriba y dejándome caer... un gemido salía de mis entrañas cada vez que bajaba y me clavaba su polla enorme...

Estábamos en su dormitorio, en su cama, las sábanas revueltas.

Nunca me había sentido así. Llevábamos toda la noche sin parar, había perdido la noción del tiempo. No sabía si era porque tenía veintiséis años o por los músculos, pero Nick tenía energía infinita. Yo apenas podía moverme del cansancio, pero no podía dejar de cabalgarle... Le acaricié los abdominales, el cuerpo perfecto, bronceado, poderoso... me había tocado la lotería. Solo con mirarle ya me ponía a mil, pero era lo que sabía hacer con ese cuerpo lo que realmente me volvía loca.

Y con sus manos, y con su lengua, y con su *todo*.

—¿En qué piensas? Tienes la cara del gato que se comió al canario...

Me pilló en una bajada y gemí y me reí al mismo tiempo.

—Soy una superficial... estaba pensando en tu cuerpo.

—¿Sí?—. Se incorporó hasta quedar sentado, y me agarré a sus hombros. Cogió primero una de mis piernas y luego la otra y las pasó por detrás de su cintura. Oh dios, en esa posición llegaba todavía más adentro...

—Qué casualidad —dijo—, porque yo estaba pensando en lo mismo... En tus labios —me besó ligeramente y me pasó la lengua por el labio superior, luego el inferior—, en tus tetas... —bajó la cabeza y se metió uno de mis pezones en la boca, succionando y luego atrapándolo con los dientes—, en tu culo...

Me agarró las nalgas con las dos manos, mientras me movía arriba y abajo, clavándome su sexo erecto cada vez más... eché la cabeza hacia atrás y gemí, cerrando los ojos... oh dios, iba a correrme otra vez, ya había perdido la cuenta del número de orgasmos...

—Me encanta tu culo...

Estiró la mano para llegar a su mesita, abrió el cajón y sacó un bote de lubricante. Lo usó para embadurnarse dos dedos, pasó la mano detrás de mí y puso el dedo índice en mi entrada trasera. Lo deslizó dentro de mi culo casi sin esfuerzo, gracias al lubricante.

—¡Ah!—. Me agarré a sus hombros para no caerme.

Metió y sacó el dedo unas cuantas veces. Acercó de nuevo mis pechos a su boca y empezó a lamer, mordisquear mis pezones.

Empecé a ver las estrellas.

Deslizó un segundo dedo dentro de mi culo, y me volví loca. Me agarré a sus hombros todavía más fuerte, eché la cabeza hacia atrás y empecé a subir y bajar, a cabalgar su polla dura en mi coño y sus dedos en mi culo, al borde del orgasmo.

—Eso es, así... fóllame tú, muévete, más rápido... ¿te gusta? —preguntó, moviendo los dedos dentro y fuera de mi culo.

—Me encanta... sí, así, por favor... ¡ah! ¡Aaaah!!

Me corrí, moviéndome encima de él, sin control, encima de su polla erecta y sus dedos, el orgasmo más intenso que había tenido nunca.

Cuando me recuperé —más o menos— noté que ahora era él quien estaba perdiendo el control.

—Ah.. Sí, sí, me encanta tu coño estrecho... ah, joder...

Había sacado los dedos de mi culo y me agarraba con las dos manos en las caderas con tanta fuerza que estaba segura de que me iba a dejar marca. Me subía y bajaba sobre su polla cada vez más deprisa, cada vez más fuerte...

—Mira qué dentro estoy...

Siguió penetrándome, y sentí que iba a perder el control de nuevo. Pasé la lengua por su oreja.

—Fóllame más fuerte —le dije al oído—. Eso es, dame más, dame tu polla...

Nunca había hablado de aquella manera, pero Nick me estaba volviendo loca, estaba destapando una Tina que no sabía ni que existía.

No tuve que decirle nada más, me penetró todavía más fuerte, empezó a gruñir, puso la cara en el hueco de mi hombro y con unas cuantas poderosas embestidas más se derramó dentro de mí.

*Oh sí.* Podría acostumbrarme a eso.

\* \* \*

ME DESPERTÉ, tenía que ser en mitad de la noche porque la oscuridad era absoluta y estaba medio dormida.

Me desperté excitada y húmeda, confusa.

Pronto averigüé por qué: estaba tumbada en la cama, boca abajo, y Nick estaba jugando con sus dedos entre mis piernas.

Me dolían todos los músculos, como si me hubiera caído de un tercer piso. Me dolían hasta las pestañas.

—No puedo moverme —dije, arrastrando las palabras del sueño, la cara contra la almohada.

—No hace falta que te muevas —dijo Nick con su voz profunda.

Estábamos completamente a oscuras, solo con la débil luz de la luna que entraba por la ventana.

Sentí cómo sus labios descendían por mis hombros, mi espalda, hasta llegar a mis nalgas. Me mordió ligeramente la nalga derecha y siguió bajando, hasta llegar a la entrada de mi sexo.

Empezó a pasar la lengua por mi entrada, desde atrás, lentamente, de arriba a abajo... luego me levantó de las caderas y enterró la cara en mi sexo, lamiendo, penetrándome con su lengua, la barba de un día raspándome la parte de atrás de los muslos.

Dios mío, iba a matarme. Noté el orgasmo acercarse, otra vez —había perdido la cuenta a aquellas alturas—, y empecé a gemir de nuevo, medio ronca por los gritos de toda la noche. Estaba a punto de correrme cuando paró de repente y se retiró.

—¡No! —dije, desesperada, y juraría que le oí reírse detrás de mí.

Me separó más las piernas y me metió la polla hasta dentro, desde atrás, sin avisar, y el alivio fue tal que estuve a punto de llorar de placer.

—Ah, sí... sí sí sí... —empecé a gritar de forma incoherente, la cara enterrada en la almohada.

Intenté subir las caderas, el culo, pero estaba clavada al colchón mientras Nick me taladraba una y otra vez...

—*Ah...* joder, Tina, tienes el coño más dulce que he probado nunca... podría estar follándote toda la noche.

Más o menos era lo que había estado haciendo.

Siguió embistiendo, penetrándome profundamente. O tenía la polla más gorda que antes, cosa imposible, o yo estaba sensibilizada de todas las horas que nos habíamos tirado follando aquella noche... cosa probable.

—No puedo más, no puedo más, Nick...

—¿Quieres que pare?

—¡No! Sigue... más, por favor...

Iba a morir de aquello, pero no se me ocurría una forma más dulce.

Era una mezcla de placer y dolor... sabía que no iba a poder sentarme al día siguiente, pero también sabía que necesitaba que siguiera follándome, hasta que ya no pudiese más... quería estar saciada y cansada, usada y con agujetas. Nunca me habían follado tanto, tan bien y tanto tiempo.

Era como una adicción.

Me penetró más y más, una vez y otra, cada vez más deprisa, hasta que el orgasmo me recorrió de pies a cabeza y me pilló desprevenida. Había tenido tantos que ya se presentaban sin avisar, como si hubiese tocado un cable y me hubiese dado una corriente eléctrica.

En medio de mi orgasmo noté el de Nick. Se derramó dentro de mí, y antes de darme cuenta me estaba quedando dormida otra vez.

\* \* \*

## ONCE

Estaba de rodillas en la ducha. Era una de esas duchas enormes de hidromasaje y con un cabezal enorme en el techo por el que caía el agua como si fuese lluvia. El agua caía sobre nosotros mientras la verga dura de Nick entraba y salía de mi boca, rítmicamente.

Me esmeré en la succión y le oí gemir por encima del ruido del agua.

Era pronto por la mañana, nos habíamos metido en la ducha porque después de las sesiones de ayer estábamos más que pegajosos, pero al verle allí desnudo debajo del agua, con aquel pedazo de aparato erecto... —¿nunca descansaba? ¿Estaba siempre empalmado?—. Había hecho un chiste sobre su erección constante, y no sé cómo había acabado arrodillada delante de él, mientras me sujetaba la cabeza y me follaba la boca.

Le acaricié las bolas, el culo... Tenía los muslos anchos, musculados y potentes... no me extrañaba que pudiese seguir y seguir toda la noche y todo el día. Iba a tener que tomarme en serio sus vídeos de ejercicios y hacerlos de vez en cuando, si quería seguirle el ritmo.

Creía que iba a correrse en mi boca, pero en el último momento me levantó por los codos y me pegó a él, bajo la lluvia.

—Tina...

Me besó profundamente, una mano en mi pelo mojado y otra en mis nalgas.

—Me vuelves loco. Me haces perder el control —dijo, con la voz ronca de deseo.

Me dio la vuelta y me puso contra las baldosas. Puse las manos en la pared.

Me acarició desde atrás los pechos, pellizcándome los pezones, el estómago, los muslos... bajó las manos hasta mi sexo.

Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé encima de su hombro.

—Ven aquí, déjame que te folle... dios, me vuelves loco —noté la punta de su polla erecta en mi entrada húmeda, pero en vez de embestir, que es lo que esperaba que hiciese, se desplazó un poco hacia atrás—. Déjame que te la meta por el culo...

Estaba resbaladiza, estaba súper excitada y le habría dicho que sí a todo. Y eso fue lo que hice.

—Sí por favor... haz lo que quieras conmigo.

Empezó a empujar lentamente y gemí, intentando agarrarme a las baldosas de la ducha... me acarició el clítoris, haciendo círculos con dos dedos, y luego metió dos dedos en mi coño, por delante. Empecé a ver las estrellas.

—¿Alguna vez...? —preguntó, dejando la frase a medias, mientras entraba poco a poco, muy poco a poco, centímetro a centímetro—. ¿Has hecho esto alguna vez?

—Ah... —era un placer extraño pero intenso, prohibido—. No, pero no pares, por favor no pares... sí, eso es, dame bien...

—Dime lo que quieres —dijo en mi oído, la voz ronca—. Quiero oírtelo decir.

—Quiero que me taladres, que me uses... dame bien por el culo, métemela hasta el fondo.

Apoyó la frente en mi hombro y entró poco a poco, despacio pero sin detenerse.

—Ya está dentro del todo, está dentro... Está hasta las bolas... más adentro no se puede... oh dios Tina.

Entonces empezó a entrar y salir, combinándolo con los dedos dentro de mi sexo, y empezaron

a temblarme las piernas. Con una mano seguí sujeta en la pared y con la otra empujé su culo hacia mí, por detrás, porque quería más y necesitaba más.

—¿Quieres más? —preguntó, aumentando el ritmo—. Porque te puedo dar más... Siente cómo entro, lo adentro que estoy...

—¡Ah! ¡Ah! ¡Sí por favor, sí! Métemela más, métemela bien, por favor...

No sabía lo que decía y empecé a convulsionar, en el mismo momento en que Nick empezó a gruñir y a perder el control.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Sí! ¡Sí!

Le noté derramarse dentro de mí y nos quedamos temblando, exhaustos, debajo del agua de la ducha.

\* \* \*

ESTABA en una tumbona en la terraza, con un albornoz gris oscuro gigante de toalla, mullido, que Nick me había prestado. Tumbada, con el sol calentándome los huesos, pensando en que tenía agujetas por todo el cuerpo. Hasta en las uñas de los pies.

—Podría acostumbrarme a esto —dije, con la cara vuelta hacia el sol. Luego abrí los ojos y miré a Nick, sin camisa, solo con unos vaqueros desabrochados, el pelo húmedo y una taza de café en la mano, en la otra tumbona. Parecía sacado de un anuncio de colonia.

Podría acostumbrarme a él.

Cogí mi taza de café, que estaba apoyada en una mesa baja, junto con la bandeja del desayuno: zumo de naranja, tostadas con mermelada y mantequilla.

Estaba perdida. Me había hecho adicta a Nick, y no podía hacer nada. Después de aquella noche ya me daba igual la edad y me daba igual todo. Iba a pasar de convenciones y de tonterías, cerrar los ojos y levantar los brazos, como si estuviera en una montaña rusa.

Saltar sin red.

Me miró, sonriendo por encima del borde de su taza de café.

—¿Te alegras de haberme dado una oportunidad?

Le miré, levantando una ceja.

—Te he dado más de una, diría yo.

Rió, echando la cabeza hacia atrás, y no pude evitar sonreír.

La verdad es que había hecho un buen trabajo “convenciéndome”. Ahora mismo solo podrían separarme de él con una espátula.

—¿Entonces ya no te importa la diferencia de edad?

Suspiré.

—La edad es solo un número —dije, repitiendo lo que me había dicho él la noche anterior—. Una convención social. No voy a dejar que se interponga entre nosotros...

Sacudió la cabeza sonriendo, se inclinó sobre mí y me besó.

FIN

\* \* \*

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando

publique mi siguiente libro.

## ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).  
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

\* \* \*

[www.ninakleinauthor.com](http://www.ninakleinauthor.com)

[ninakleinauthor@gmail.com](mailto:ninakleinauthor@gmail.com)

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: [amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2](https://amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2)

Amazon US: [amazon.com/author/ninaklein](https://amazon.com/author/ninaklein)

## OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

### Trilogía “La fiesta de San Valentín”



No tener pareja el día de San Valentín no era gran cosa, o al menos eso pensaba Maya. Peor que estar sola era tener que ir a una fiesta de San Valentín en la oficina... la idea más horrible que se le había ocurrido nunca a nadie. Pero todavía peor que eso era emborracharse con vino barato, tropezarse con el dueño de la empresa y dar la peor primera impresión que una podía dar...

¿O no?

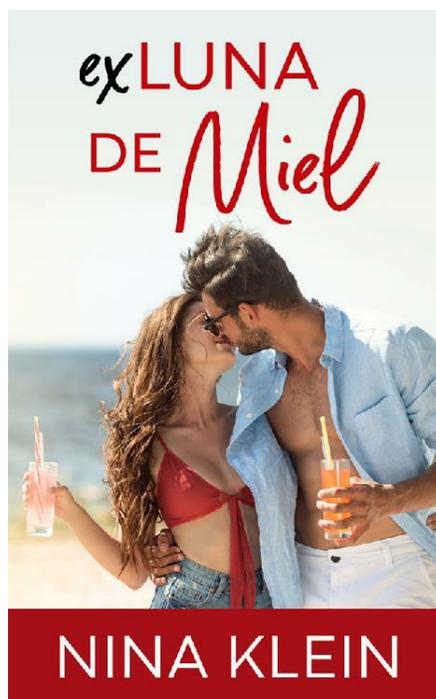
Todo lo que pasa en una fiesta de la oficina, se queda en la oficina...

O eso esperaba.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

\* \* \*

[Ex Luna de Miel](#)



Mi matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord.

George, mi marido, me había abandonado aquella misma mañana para irse con una mujer que había conocido durante nuestra luna de miel.

Juro que no me lo estoy inventando. Parece increíble, pero allí estaba, en un *resort* de cinco estrellas en Aruba, con once días de luna de miel por delante. Sola.

Rodeada de parejitas felices por todas partes.

Así que decidí emborracharme. ¿Qué otra maldita cosa podía hacer?

Pero lo que no sabía, mientras ahogaba mis penas en *mojitos* en el bar de la playa, era que las sorpresas no habían hecho más que empezar...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

\* \* \*

#### **Todas las historias de Nina Klein:**

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Lláname Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

[La Última Fantasía](#) (El Club 6)

Trilogía 2 El Club (El Club 4, 5 y 6)

Todo El Club: Serie Completa (El Club 1-6)

TRILOGÍA “LA FIESTA DE SAN VALENTÍN”

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Ex Luna de Miel

El Almacén

Enemigos Íntimos

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

\* \* \*